

Cuento corto de un sueño de verano.

A mi amigo René.

Julio de 1997.

Vengo de la sucursal Tultitlán, dice la voz de la persona que está en la oficina de a lado. ¿Tultitlán? En esa sucursal trabaja René, un buen amigo mío de la adolescencia con quien crecí y de quien aprendí bastante. René era un tipo contrastante, vestido a la usanza de los punks ochenteros, su imagen daba real desconfianza, pero era la persona más noble, solidaria, desinteresada y leal que uno podría encontrar. Inteligente a pesar de no haber terminado la prepa, asimilaba cada lección de la vida con habilidad aprovechando cada gota de jugo que a esta le salía. Hace un par de años que no nos comunicamos. Veo pasar a la visitante y le llamo, regresa. -Disculpe, ¿usted viene de la sucursal Tultitlán? -Sí. -¿Conoce a usted a René Rincón? -Sí. -Es amigo mío, ¿Cómo está? -Falleció hace un par de meses. Me pongo pálido, no asimilo. -¿Falleció? ¿René Rincón Contla? -Sí. -¿Qué le pasó? -Se suicidó. Me entero que el último año las presiones lo ahogaron y terminó colgándose. Ese viernes lo pasé llorando acompañado por mi pareja, en la oficina y al salir de ella, recordando y como siempre pasa, lamentándome el no haber estado más en contacto, creyendo que quizás eso hubiera hecho una diferencia en su vida.

Al otro día me comunico a casa de sus padres. Me confirman la noticia y uno de sus hermanos mayores, Miguel, me invita a ir al día siguiente para regalarme los discos de punk y de rock pesado que René tenía, porque me dice que a su hermano eso le hubiera gustado ya que solo René y yo gustábamos de esa música. Me comprometo a ir.

Sábado al medio día. Llego a casa de los padres de René. El departamento es más pequeño de lo que recuerdo. En el patio algunos niños juegan. Sale Miguel a saludarme y me invita a pasar; lo hago. Hay algunas personas que no conozco, me siento en un rincón y recuerdo las veces –no muchas en realidad- en que estuve en ese mismo lugar con René. Hay algunas fotos. La nostalgia me pega, siento los ojos húmedos. Paso mis dedos pulgar e índice por los lagrimales al mismo tiempo, cuando escucho una voz conocida. -Me da gusto verte de nuevo. Volteo y ahí está, sentado a mi lado, René.

No entiendo. De momento todo cambió. Mis ropas son diferentes a las que llevaba puestas, ahora uso una camiseta con logo roquero y mezcilla –siempre que nos reuníamos tratábamos de mantener nuestra imagen de los años idos-. Nadie a nuestro alrededor parece notar nada anormal. Dentro del descontrol le digo que también a mi me da gusto verlo después de tanto tiempo. Me pregunta por mi madre y hermanos, yo le pregunto por su esposa y su hija. Veo un calendario en la pared: ¡Es marzo de 1997! -¿Estamos en marzo? Le pregunto. -Sí, me responde. ¡Dos meses antes de su muerte! Lo veo como una oportunidad. -Vamos a caminar, hace mucho que no regresaba a la colonia le digo. Vamos a la puerta; quizás sea una oportunidad de prever las cosas pienso. Cuando salimos a la calle escucho un claxon muy fuerte. De pronto visto de nuevo como en la mañana y ya no es René quien sale a mi lado, sino su hermano Miguel.

¿Qué está pasando? Miguel me dice los antecedentes de René, las presiones y lo inconforme que estaba con su vida. Se había casado con una persona a la que no quería después de que la chica de la que estaba enamorado resultase embarazada de otro. Su suegra, una mujer castrante, no dejaba de reprocharle que su hija mereciera algo mejor. Comenzó a abusar del alcohol. Una noche, después de una farra, algún pleito casero desbordó su cordura y lo llevo al quitarse la vida. Le comento que eso me sorprendió, porque René y yo hablamos mucho del tema y siempre dijimos que el suicidio no era una opción, que siempre teníamos que luchar y que el día que nos fuéramos de este mundo, sería contra nuestra voluntad. Le comento a Miguel que las calles no han cambiado mucho, que de alguna manera muchas cosas siguen igual a cuando éramos adolescentes, a lo que me responde que los únicos que cambiamos somos las personas. Un escalofrío recorre mi espalda, porque esa frase la decía René, a quien encuentro de nuevo al voltear a ver a mi acompañante.

Miro mi reloj. Marzo. Comienzo a dudar de mis sentidos, pero de alguna manera me ubico y vuelvo a pensar en prevenir. Recordamos nuestras odiseas juveniles, en la calle hay un organillero que está cantando sin tocar el organillo que apoya en sus hombros, junto a él, una señora que afuera de casa vende quesadillas y sopes; fiel a las tradiciones, le doy 5 pesos al tipo cuando me extiende su gorra y le pregunto a René si no quiere un sope. Nos sentamos. Me dice que su vida no es como pensaba, que la vida lo ha llevado por caminos muy diferentes. Le digo que nuestras decisiones son las que nos llevan por lo bueno y malo de la vida y que también somos nosotros quienes podemos hacer los cambios necesarios. Sonríe para después afirmar: Siempre he disfrutado mucho platicar contigo. Le comento que mucho de lo que soy de lo debo a él y esas pláticas justamente, él me enseñó a analizar y a no hablar por hablar. Decido comentarle lo del suicidio próximo, pero antes de poder comenzar escucho un grito: ¡Joven, sus sopes! Un momentáneo resplandor y cuando giro, la señora me sirve mientras me observa con cara de desconfianza, como preguntándose si estoy bien, lo que si me pregunta, la persona a mi lado: Miguel.

¡Ya no entiendo nada! ¡Y de verdad que trato de hacerlo! Pienso que quizás la muerte de mi amigo me afectó demasiado y estoy sufriendo alguna alucinación, por otro lado pienso que no se permite cambiar el futuro y por eso, cada vez que intento hacerlo simplemente algo me lo impide. Pero me alisto por si hay una nueva oportunidad, mientras mi charla con Miguel continúa. Me cuenta de la situación de sus padres, de sus hermanos. Es la primera vez que hablo con Miguel de este modo, durante todos esos años solo era un saludo y preguntar por su hermano. Es un buen tipo, como toda su familia. Terminamos, pagamos y regresamos a casa. Ha pasado un rato. Definitivamente todo fue una alucinación por la noticia. Estoy más tranquilo.

Volvimos a casa. Miguel entra a la casa para separar y traer los discos, le digo que lo esperaré en el patio, viendo jugar a los niños. Me siento en unas escaleras que están en un rincón y nuevamente y sin causarme tantas sorpresa, ahí está de nuevo: René; mi reloj marca marzo. Esta vez no pienso perder más tiempo. -Tengo que decirte algo... -Yo también me interrumpe. -Déjame acabar primero antes de que te vuelvas a ir le digo casi con desesperación. -No, ya sé lo que vas a decir, así que escúchame. ¿Recuerdas cuando hablábamos del futuro? El futuro nos alcanzó y buena parte del él ya es pasado. En este momento soy una sombra del pasado con un futuro, pero mi futuro ya sucedió y es pasado. El pasado no puede cambiarse. No puedes evitar que tome la decisión que ya tomé y que tú conoces. Ambos aprendimos uno del otro. Fuimos buenos alumnos y buenos maestros. No te lamentes de lo que me pasó, mejor aprende, como siempre has hecho, de los errores de los demás, en este caso de los míos. Vive tu vida, que será buena, yo te ayudaré cada vez que tenga oportunidad. Gracias por todo, me dio gusto volver a verte después de todo este tiempo. -¿Es una despedida? Le pregunto. -Sí, por ahora sí y a eso vine porque no tuve oportunidad antes. No para siempre, pero falta mucho para volver a encontrarnos. Mientras llega el día, vive bien. -¡Hey! -me grita Miguel, quien ya vuelve con un buen de discos- Aquí están. No me extraña que al girar de nuevo el rostro no encuentre a nadie a mi lado. Nos despedimos cortésmente, nos deseamos suerte y salgo rumbo a mi auto. Nunca lo volví a ver.

Hasta este momento, no sé si eso fue real, pero tuvo mucho sentido. No sé si fue real, pero lo disfruté mucho. No sé si fue real, pero nuevamente mi amigo René me dio una lección de vida... aun desde otros terrenos. Y se lo agradezco, como siempre. Descanse en paz.